



PÓRTICO

Francisco Salgado,
Rector de la Universidad del Azuay

El viaje y los viajeros animan este número de *Coloquio*. La experiencia de caminar y explorar nuevos mundos, tanto simbólicos como reales, hacen del ser humano una especie única. Estas páginas nos presentan cuadernos de bitácora íntimos y vitales, registrando el paso del tiempo y los estados de ánimo de los viajeros al recorrer recónditos parajes y vivir experiencias nuevas y, acaso, irrepetibles.

Viajar es contemplar más atardeceres, subir más montañas, nadar más mares, tomar otros helados y compartir nuevas historias; andar descalzos sobre la grama o la arena, jugar con los niños y reír con los ancianos. Maravillarse con todas las especies y con todas las obras humanas, conservándolas como imágenes para la memoria y el recuerdo. Surcar pueblos, valles y cañadas, alzar una copa y brindar por la vida y los amigos nuevos y fugaces.

Un barco está seguro en el puerto, pero para eso no se construyen los barcos. El ser humano surca los mares o cruza los cielos en busca de otros pueblos, de otras ideas, de otros lentes, de otras artes, de otros platos, de otras lenguas. Y en esas exploraciones, paradójicamente, se encuentra más consigo mismo y con sus raíces.

También el viaje lleva implícito el regreso. El retorno al pueblo y a los seres queridos, a la esperanza y a la ternura, a lo más íntimo del ser o al barro -polvo de estrellas- del que estamos hechos.

En este viaje por la lectura, *Coloquio* nos permite vivir muchas vidas y soñar muchos mundos.-

◀ El icónico reloj del Museo de Orsay, construido en 1900 para la Exposición Universal, es una obra monumental que adornaba la fachada de la antigua estación ferroviaria de Orsay, hoy convertida en museo. Son las 2:04 del 9 de octubre de 2025 en París

EDITORIAL

VIAJAR: LA PROMESSE DU BONHEUR

Cristóbal Zapata

La historia de esta edición empieza el lunes 29 de septiembre de 2024, en el aeropuerto de Quito, cuando pasado el mediodía abordo el avión de Copa Airlines que me llevará hacia Panamá, desde donde tomaré mi vuelo a Madrid. Cuando todos han embarcado y se ha cerrado la aeronave, en las pequeñas pantallas frente a los asientos empiezan a proyectarse las instrucciones de seguridad: un espectacular recorrido por la geografía panameña desde el exuberante Boquete de Chiriquí, pasando por el Parque Nacional Chagres, el hermoso mar caribeño, unas vertiginosas tomas del *skyline* de Ciudad de Panamá y su sabor nocturno y tropical, hasta concluir con la secuencia de una pareja acomodando sus respaldares en algún lugar del Canal de Panamá. Todo envuelto en un suave *soundtrack* con una instrumentación y sonoridad que evocaba la música local. En menos de seis minutos me había hecho una idea del Istmo y ya quería quedarme allí. Aunque Panamá no era mi destino, la sofisticación de la publicidad audiovisual me había ofrecido una especie de tráiler del viaje que acababa de iniciar.

Desde niño, cuando iba a las salas de cine me encantaban los tráilers. Esa concentración de fragmentos, música y una voz en *off* in crescendo, en medio de la oscuridad, solía emocionarme hasta el llanto; aún hoy, en mi irreversible condición de animal sentimental, puedo llorar viendo un tráiler. El tráiler es, lo tengo por seguro, el anticipo de la felicidad.

En un famoso pasaje de su libro *Sobre el amor* (1822), inspirado en un episodio de su biografía, Stendhal —que tan bien conocía los entresijos de los afectos— explora la psicología del amor romántico y señala que «La belleza no es más que la promesa de la felicidad» (*promesse du bonheur* en el original). La fórmula que acuña el gran novelista francés quiere decir que la

E



La Torre Eiffel desde El Trocadero



Galería de las esculturas en el Petit Palais, Musée des Beaux-Arts de la Ville de Paris

E

belleza no entraña una perfección estática, acabada, que se entrega de una sola vez, a primera vista, sino un estímulo para la imaginación que nos ofrece un atisbo de dicha, de manera gradual. La belleza física no es la felicidad en sí misma —viene a decirnos Monsieur Byle—, sino el signo externo que anuncia la alegría, el placer o el amor. Y allí reside su poder estético y vital. Quizá el viaje sea, también, esa *promesse du bonheur*, pues, ante su solo inicio, o frente a la expectativa de su realización, nos invade una dicha profunda, casi indecible. Y como el amor, el viaje está lleno de esperanzas que se cumplen o se defraudan, de momentos de plenitud y de zozobra, de revelaciones inesperadas que nos desconciertan o nos colman de alegría.

Mirando retrospectivamente, las tres semanas que estuve en Europa, entre España y Francia, pienso que los momentos plenos del viaje no siempre corresponden a las visitas a los museos o sitios culturales que había programado acudir, sino a muchas circunstancias fortuitas que pudieron anteceder, suceder o rodear esas visitas. Por ejemplo, al día siguiente de mi llegada a Madrid —recomendado por Estefanía Peñafiel que es parte de esa muestra— visité la magnífica exposición *Desenfocado* en la CaixaForum, dedicada al motivo de «lo borroso e impreciso como elementos expresivos», donde vi obras que han sido parte de mis referencias artísticas contemporáneas (pertenecientes a Monet, Rothko, Hartung, Richter, Hacke, Jaar, Boltanski, Bill Viola, etcétera) y me sentí muy feliz de haberla visto en vivo —pues, con el paso del tiempo, he entendido cuán importante en la comprensión del arte es esa experiencia directa, mano a mano con la obra, con su volumen, con su escala, con su materialidad—, pero acaso fui más feliz cuando, en la tarde, compartí un gin-tonic con Fernando Baena y Anna Gimein —mis fantásticos anfitriones en la capital española—, en una plaza del centro. Había una determinada luz, una temperatura en el ambiente, una fluidez en la conversación, una textura en la bebida y, sobre todo, un movimiento de gente alrededor que me hicieron sentir integrado al espacio. Entonces recuerdo tantos episodios de Proust donde el placer y la belleza son el resultado de la confluencia de varios factores. No es solo la aparición de la duquesa de Guermantes o de Albertine, o la inminencia de visitar Balbec lo que

suscita esa emoción estética en el narrador de *En busca del tiempo perdido*, sino los elementos que acompañan esas presencias y esos paisajes. La belleza, diríamos, nunca viene sola, siempre viene acompañada de otros elementos que la circundan realizándola y apuntalándola mejor. En un opúsculo dedicado a su visión de algunas ciudades italianas, el filósofo George Simmel parece resumir ese sentimiento. Al inicio de su ensayo sobre Roma escribe: «La verdadera gracia de la belleza tal vez resida en la forma de unos elementos que de por sí son indiferentes y ajenos a la belleza y que solo adquieren valor estético gracias a su conjunción».

Algo parecido me ocurrió en Barcelona. Me encantó volver a caminar por sus calles y callejones, disfruté de su arquitectura Art Nouveau, de recorrer las salas del Museo Nacional de Cataluña (verdadero viaje al medioevo ibérico, al corazón de su iconografía e imaginaria cristianas) y a otros momentos de la cultura europea moderna, particularmente a la sensualidad y elegancia del modernismo catalán; me fascinó, también, conocer el Museo Tàpies (conducido con mano sabia por Imma Prieto), pero quizá fui más dichoso cuando mi querido anfitrión, José Luis Corazón, una tarde que nos visitó el poeta Mario Campaña, puso un disco de acetato con maravillosas grabaciones de música ecuatoriana, incluida *La chola cuencana*. Habían pasado apenas cinco días de mi salida del país y ya era víctima de un ataque de *saudade*. O cuando la última tarde, junto a Corazón y dos paisanas mías cruzamos la ciudad hasta llegar al mar, al caer la tarde. Incrédulo y asombrado, fui a tocar con mis manos el color azul del Mediterráneo.

En París, en cambio, me perdí reiteradamente. Aunque me fui familiarizando con las líneas del Metro y la dinámica de los trasbordos, una vez que salía de las estaciones mi destino quedaba sujeto a la ventura y a la aventura. Decía Benjamin que poco importa perderse en una ciudad, pero que perderse en una urbe, como quien se pierde en el bosque, requiere aprendizaje. Con mi desubicación congénita hubiera requerido mucho más tiempo para contraer ese saber. Lo que sí es cierto es que perdiéndome encontré muchas joyas en el camino; para empezar, el Trocadero y la Torre Eiffel al fondo. Un lugar común, sin duda, pero en una mañana de otoño, sobre las 11:00, cuando el sol se había pasado por el este,

fue una experiencia deslumbrante. Allí empecé a entender que París es la ciudad de las grandes panorámicas y perspectivas con dos grandes puntos de fuga: el Sena y la Torre. Algunos momentos memorables de ese viaje fueron volver al Museo de Orsay y ver la maravillosa exhibición dedicada al gran pintor estadounidense John Singer Sargent (1856-1925), uno de los más exquisitos retratistas de todos los tiempos. Aunque debí hacer malabares para moverme entre la muchedumbre de espectadores, la fatiga y el esfuerzo valieron la pena. También aquí, en su colección histórica, reencontré obras con las que he convivido espiritual y corporalmente como *El almuerzo sobre la hierba* de Manet, *Las bañistas* de Renoir, o los desnudos de Pierre Bonnard. En la mañana había estado frente a las esculturas monumentales de Antoine Bourdelle, en lo que fuera la residencia-taller de este artista de la Belle Époque. Y el día anterior, en mi debut parisino, fui al Museo de Bellas Artes, en el Petit Palais, donde me encontré —literalmente de manos a boca— con *El sueño* y *Las señoritas en una orilla del Sena* de Courbet, cuadros a los que había dedicado unos ejercicios ecfrásticos tiempo atrás. Desde mi viaje anterior, estos reencuentros con la pintura están entre mis epifanías íntimas. Otros pasajes memorables de la estancia parisina fueron el paseo por el Bosque de Bolonia con Magali Courtais y su hijo Atilio, un glorioso sábado que nos llevó por Montparnasse, quintaesencia del París bohemio. Atesoro, además, los reencuentros y conversaciones con el artista guayaquileño Luis Chenche y el fotógrafo francés Bruno Roy que conforman esta entrega, las visitas a la Bolsa de Comercio, —donde pude ver la magnífica exposición minimalista de la colección Pinault—, y al espléndido Museo Picasso.

Para quienes habitamos los planos en damero de las ciudades clásicas, la estructura radial de París puede convertirse en un laberinto susceptible a todo tipo de extravíos. No hubo día que no me haya perdido en la «ciudad luz», no hay dirección a la que haya llegado sin haberme extraviado. El Google Maps me prestó un ayuda parcial, pero no suficiente, por mi incompetencia tecnológica. Pero, en París no hay pérdida, por cualquier lado que uno tome puede encontrarse con una plaza, una iglesia, un monumento, un atelier, un café, una librería o una calle célebre; además de asistir al incesante desfile

de las mujeres parisinas, o migrantes, esa fabulosa parada femenina donde la belleza y el garbo marcan el paso. En mi segunda jornada allí, rumbo al taller de Luis Chenche, en el camino surgió el Instituto Giacometti (que visitaría al día siguiente), y junto a él, la casa de Simone de Beauvoir (frecuentada asiduamente por Sartre). Al frente se halla el inmenso muro del cementerio Montparnasse, donde, en vano, fui a buscar la tumba de César Vallejo, y encontré la lápida de Susan Sontag, un hermoso mármol negro que parecía un retazo de la noche estelar.

Las ciudades medievales con sus laberínticas calles son complejas de transitar, sin duda. De regreso a España, sufriría el mismo mal del extravío en Toledo, donde fui buscando los pasos perdidos del Greco. No obstante haberme aprovisionado de un mapa y de la imprescindible «pulsera turística» para poder acceder a los sitios correspondientes, varias veces desandé la ciudad amurallada. Pero todo lo que encontré fue maravilloso, pues en la parte antigua están intactos los monumentos árabes, judíos y cristianos que han configurado la forma y la memoria de esta ciudad que aún convive con su remoto pasado guerrero, pues son innumerables los almacenes donde se puede encontrar espadas de acero y hierro. Recordé un cuento de Borges donde hay un puñal, «forjado en Toledo». Después de visitar esta ciudad, uno quiere releer imperiosamente el *Mío Cid* y el *Quijote*, que atravesaron estas calles. Sobresalientes son el Museo del Greco, la Iglesia de Santo Tomé que alberga *El entierro del Señor de Orgaz* —la obra maestra del pintor—, la Mezquita del Cristo de la Luz —una de las máximas expresiones del arte islámico durante el califato—, el Museo de los Concilios y de la Cultura Visigoda, en la Iglesia de San Román —exponente del primer mudéjar toledano (S. XIII)—, o el Real Colegio de Doncellas Nobles —pionera fundación educativa que funcionó como tal hasta finales del siglo XX, hoy una recogida iglesia barroca—. Desde alguno de los hermosos balcones contemplé cómo el Tajo atravesaba sinuosamente la ciudad. El Greco pintó su célebre «vista» desde el otro lado del río, que es el mejor ángulo para contemplar la urbe antigua. Pero de ese detalle me percaté tarde, ya en el taxi de regreso al terminal.

E



Instituto Giacometti, 5 Rue Victor Schœlcher en el distrito 14, Montparnasse, París

Al siguiente día, para no perder el ritmo, con Fernando Baena —el mejor cicerone que uno puede tener en Madrid— nos aventamos en un tren hacia Alcalá de Henares. Si había conocido ya la ciudad del Greco, no podía dejar de conocer la cuna de Cervantes, a quien días antes había rendido honores en el hermoso monumento que se erige en la Plaza España, donde el caballero cabalga junto a Sancho. La sorpresa fue encontrar en la pared medianera a la casa natal del escriba el

hospital de Nuestra Señora de la Misericordia, donde Ignacio de Loyola trabajó como asistente sanitario, y donde empezó a concebir la Compañía de Jesús. Para un exalumno jesuita, esta era otra convergencia feliz. En pocos días había dado con los rastros de tres monstruos cardinales del barroco español: el pintor, el escritor y el místico. Después de encontrar las huellas de esta santísima trinidad cultural podía volver a casa en paz.



Monumento a Miguel de Cervantes, diseñado por Rafael Martínez Zapatero y Lorenzo Coullaut Valera, 1929. Plaza España, Madrid

E

Tras permanecer una semana en París, perdido en la traducción, en la traslación y en la transacción, regresar a Madrid significó, literalmente, un retorno a la madre patria, a la lengua materna. Cuando sobre la medianoche, en el estéreo del taxi que me llevaba desde el aeropuerto a casa de mis amigos, escuché «La Lola» de Café Quijano —que había cantado y bailado gozosamente otrora de mi vida— sentí que volvía a habitar mi cuerpo hispano-erótico-parlante. Volver a tu lengua es empezar a volver a casa. En este retorno pude ver y oír a Mónica Ojeda, la brillante escritora ecuatoriana que es parte de esta edición.

Este número de *Coloquio*, el décimo de la nueva época, se ocupa de la aventura y el aprendizaje que importan los viajes en sus diversas acepciones y en las múltiples áreas del conocimiento, las ciencias y las humanidades, con la participación siempre feliz, lúcida e imprescindible de los docentes e investigadores de nuestra comunidad, y de nuestros colaboradores de cabecera, a quienes refrendo mi gratitud permanente. Esta vez Gabriela Eljuri, Raffaella Ansaloni, Hans Ochoa y Francisco Aguirre abordan el tema del dossier desde distintas perspectivas: una acercamiento antropológico y poético al viaje, un recuento biológico de la evolución del *homo sapiens*, la ardiente travesía del libro en la historia y el itinerario biográfico y existencial de un artista ambulante, respectivamente. Debo confesar que su título, «Ventanas abiertas al mundo», parafrasea una exposición encontrada al azar en la estación Montparnasse-Bienvenüe de París: «Fenêtres ouvertes sur l'Univers», una serie de gigantografías del CNRS (Centro Nacional de Investigación Científica) sobre una imagen infrarroja del sistema planetario que se forma alrededor de la estrella «AB Aurigae». Según la explicación técnica que acompañaba la exhibición:

Nos encontramos a 509 años luz del Sol, en dirección a la constelación de Auriga. Durante un millón de años, una estrella ha brillado allí: *AB Aurigae*. Este joven astro es ligeramente más caliente y tiene el doble de masa que el Sol. Debido a su corta edad, aún está rodeado por un disco de gas y polvo que gira a su alrededor, un disco protoplanetario. Es dentro de esta corriente de materia en rotación donde probablemente se estén formando uno o más planetas.

Parece un poema en prosa, pero es una descripción científica en toda regla. En treinta metros lineales, París puede condensar tal densidad de información especializada, y avizorar el futuro más lejano, del mismo modo que en unos pocos metros cuadrados de cualquier barrio —en el lapso de una cuadra— puede aglutinar una impresionante cantidad de sitios o edificios donde ocurrieron acontecimientos históricos y culturales decisivos o habitaron celebridades de las artes. Por ejemplo, la casa donde vivió Richard Wagner —el genio musical del romanticismo alemán— está a pocos metros del edificio donde residieron Leonora Carrington y Max Ernst en 1937, en plena efervescencia surrealista. París es, sin duda, una galaxia en expansión perpetua.

Después me he acordado que el auriga de la constelación («este joven astro ligeramente más caliente que el Sol») era el nombre que en la antigüedad tenían los conductores de los coches a caballo. Es decir, que el movimiento y el viaje ya están inscritos en el tiempo y en el espacio. Pero también he recordado que, en un conocido diálogo de *Fedro*, Platón pensó el alma como un auriga (o sea: la razón) que guía a dos caballos: uno blanco (que representa la templanza y la moderación) y otro negro (que encarna los deseos y placeres). Y me he puesto a pensar que el dominio del alma es un arte difícil, sobre todo cuando se está de paso, por la carretera.

Esta nueva entrega es una suma de viajes y rutas que se adentran en el pasado, una sucesión de ventanas que se abren sobre los imperativos y los milagros cotidianos del presente, pero también las expectativas del futuro para volver a dialogar en torno a las promesas de la felicidad que nos mantienen en camino.—

Turistas ciclando en el Campo de Marte, París

DOSSIER «VENTANAS ABIERTAS AL UNIVERSO: VIAJES POR EL TIEMPO, LA CULTURA Y LA GEOGRAFÍA»



EL VIAJE

Gabriela Eljuri Jaramillo*

Cada ocaso que contemplo me inspira el deseo de llegar a un oeste tan distante y hermoso como aquel en que se sumerge el sol.

HENRY D. THOREAU

Existen viajes de diversa índole. Hemos leído sobre los fenicios, como los grandes navegantes del mundo antiguo; las aventuras de Marco Polo en la Edad Media por el Asia; las travesías de Cristóbal Colón hacia América y de Vasco da Gama a la India, en el tránsito a la Edad Moderna; o la expedición marítima de Magallanes y Elcano en el siglo XVI, que supuso la primera circunnavegación de la Tierra. Mucho se ha escrito sobre las migraciones nómadas del pasado y la migración contemporánea. En todos estos casos, se habla del destino y del objeto del viaje, pero ¿qué significa viajar?

El viaje es recurrente en la literatura, no solo como postal, sino como problema existencial y filosófico, como punto de huida, fuente de conocimiento y descubrimiento o alegoría de la vida. Las ciudades sobre las que se ha leído: Dublín de Joyce o San Petersburgo de Dostoyevski; la Praga de Kundera y de Kafka, la Alejandría de Kavafis y la Lisboa de Pessoa; París de Benjamín, o la que cartografiaba en sus anhelos Cortázar, son ciudades reales y literarias, a las que, al igual que Comala o Macondo, no se puede llegar, sino solo viajar.

Nuria Amat se refiere a las ciudades literarias, ciudades que, a su criterio, huelen a escritor y nadie visita, cuyas reliquias derivan de la gratuidad de la memoria; las ciudades de papel, de las que los escritores habrán de cuidarse de visitar.

En la filosofía, el viaje aparece como metáfora de la búsqueda del conocimiento y la transformación. Platón esbozó el tránsito desde la caverna hacia el mundo de las ideas. Henry Thoreau reflexionaba sobre la existencia y la libertad en sus caminatas por la naturaleza.

Heidegger confesó que cuando recibió la invitación de su esposa para viajar a Grecia titubeó por miedo a la decepción; el temor a que la Grecia actual impidiera a los antiguos brillar con su propia luz, la duda de que lo atribuido a esa tierra de los dioses no fuese más que una invención. A su llegada a Grecia, la primera imagen



El Sena, al fondo el Puente Alexandre III, París

de Corfú le parecía no concordar con lo que describía Homero en la *Odisea*; tampoco Ítaca coincidía con la patria de Ulises. Allí, el filósofo alemán buscaba encontrar «lo griego»: un modo de estar en el mundo en el que se conjugan lo sagrado y lo terrenal, la conexión con el ser.

En la antropología, uno de los sellos distintivos es el trabajo de campo, el cual implica, inevitablemente, el desplazamiento. Los primeros antropólogos fueron teóricos de escritorio; sustentaban sus teorías en los relatos recogidos por cronistas, mercaderes, funcionarios coloniales y misioneros. Los viajes eran esporádicos o circunstanciales, con escaso contacto con las comunidades sobre las cuales escribían.

La antropología se transformó con Bronislaw Malinowski y Franz Boas, considerados como los padres de la etnografía. Ambos llegaron a esta disciplina por medio del viaje. En el caso de Boas, siendo geógrafo y físico, viajó a estudiar unos manantiales de agua en el norte de Canadá y, tras haberse perdido, fue rescatado por los *inuit* o esquimales; ese encuentro fortuito lo llevó a la antropología y a convertirse en el precursor del particularismo histórico.

Por su parte, Malinowski, figura clave del funcionalismo británico, se encontraba realizando una

estancia de campo en Mailu y las islas Trobriand cuando estalló la Primera Guerra Mundial y, debido a su origen polaco, en ese entonces parte del Imperio austrohúngaro, se vio obligado al destierro, permaneciendo cuatro años en Papúa Nueva Guinea. Allí descubrió la importancia de la observación participante, la necesidad de convivir con la gente que se estudia y aprender su lengua.

Desde Malinowski y Boas, no se puede concebir la antropología sin el viaje. La etnografía es siempre una travesía; sin embargo, ese desplazamiento no es necesariamente físico, es sobre todo epistémico. Demanda el extrañamiento, el exilio, para alcanzar aquello que Da Matta describe como familiarizar lo exótico y exotizar lo familiar.

Lévi-Strauss señaló que no basta con pensar el viaje como un desplazamiento en el espacio, sino que este, simultáneamente, también se inscribe «en el tiempo y en la jerarquía social». El viaje es un desplazamiento desde la visión propia del mundo hacia la comprensión de la diversidad humana; un movimiento intelectual marcado por la capacidad de asombro.

Asimismo, poco o nada se parece el viaje turístico al camino del viajero y, cuando refiero al viajero, refiero también al antropólogo. Heidegger distinguía

entre el viaje filosófico, que se pregunta por el ser, y el del turista, que busca acumular experiencias y descripciones superficiales. En *Estancias* planteó una crítica al turismo y a la técnica, en contraste con el habitar la tierra y el cielo de los griegos.

En la literatura, Paul Bowles definió a uno de sus personajes no como un turista sino como un viajero. La distinción radicaría en el tiempo; es decir, en la duración, duración que no corresponde a la de las horas y los minutos, sino al tiempo vivido. Escribió Bowles que el turista tiene como meta el regreso a casa, mientras que el viajero «no pertenece más a un lugar que al siguiente, se desplaza con lentitud durante años de un punto a otro de la tierra».

Lévi-Strauss inició *Tristes trópicos* con la frase «odio los viajes y los exploradores», en una especie de interpelación, no a los viajes sino a la figura de los aventureros turísticos y los exploradores de lo «exótico», marcada por la incapacidad de dialogar con la otredad. Afirmó que, en el pasado, el viajero se enfrentaba a realidades completamente desconocidas; sin embargo, «el viajero moderno se sorprende menos y reconoce más», puesto que se somete a conocer aquello que, previamente, le ha sido asignado como itinerario.

Se viaja hacia lo desconocido. A diferencia del turista, el antropólogo, el filósofo o el escritor, no recorre un itinerario planificado, sino que está siempre abierto, anhelando el descubrimiento y la sorpresa. Su destino es una tierra incógnita; no una tierra no explorada, sino un territorio por cartografiar. Un destino del que no se puede regresar ileso y sin ser otro. Viajar está marcado por la incertidumbre, los infortunios e imprevistos. Es el lugar de la ausencia de certezas, de la duda.

El viaje significa una transformación que exige abandonar nuestras propias maneras de ver y estar en el mundo, para abrirnos a la experiencia de lo diferente y de la alteridad. La búsqueda del que viaja es, de cierta manera, una búsqueda de lo propio en la otredad. En el trayecto, el viajero renuncia a las certezas y asume el extravío como una posibilidad de hallazgo.

Viajar es acceder a un espacio entremedio, de introspección, en el que lo interior y lo exterior se conectan de maneras diversas; un umbral. Viajar exige

tomar distancia, separarse, ausentarse de lo conocido. Encarna un abandono del hogar, del pueblo, del lugar habitual de trabajo, en última instancia, de lo rutinario y lo habitual. Viajar representa una incomodidad, salir de la zona de confort físico y de las ideas.

En *El revés y el derecho*, Albert Camus, anota que el viaje nos priva del refugio de lo conocido, despojándonos de nuestras máscaras y exponiéndonos por completo con nuestra propia superficie; «lo que le da precio al viaje es el miedo», puesto que destruye ese decorado interior, esas largas horas de oficina que «nos defienden del sufrimiento de estar solos». El viaje en Camus se expresa no solo en esta obra, que la escribió a los 22 años, y que por mucho tiempo consideró torpe, sino también en *Diarios de viaje* y *El último hombre*, con el regreso a Argelia de Jacques Cormery, su alter ego, para desentrañar sus raíces.

Un elemento sustancial del viaje es el tiempo. Amat nos dice que el verdadero viaje precisa de cierta duración. Según Lévi-Strauss, la aventura superficial, aquella que caracteriza a los turistas, está marcada por la prisa que impide el conocimiento y el encuentro con el otro. Seguramente, esa dimensión del tiempo es la que consideró Werner Herzog cuando se enteró del grave estado de salud de Lotte Eisner y decidió viajar a pie desde Múnich a París, con la convicción de que si él iba caminando, ella seguiría con vida.

El viaje ha de ser comprendido como proceso, no como destino; esto fue magistralmente plasmado por Homero en *La Odisea*; pues, Ítaca fue para Ulises la travesía, una apertura permanente e inacabada.

También hay viajes que aparecen como una huida de la tierra propia que, a su vez, resulta extraña. Susan Sontag, en sus cuentos reunidos en *Declaración*, anotó que de niña siempre se sentía diferente, otra; por ello cavó un hueco en su jardín para sentarse a leer y, de alguna manera, llegar a China. China era la única posibilidad de hacer desaparecer lo que ella denominó un «dolor inconcluso». Los libros, según narró, eran sus «deidades domésticas y sus naves espaciales» que le permitían trasladarse a otros mundos. Sontag vio al viaje como un desciframiento y, entre líneas, nos reveló que sus memorias se escriben incluso antes de hacerlo.

D

En su novela *La ignorancia*, Kundera retrató el desencuentro que experimentan los protagonistas a su retorno a una Praga que les es ilegible y en la que no se reconocen, pero donde encuentran –al igual que Camus en Argelia– los restos de sus vidas. Leemos en Kundera que la nostalgia es causada por el deseo incumplido del regreso y que las palabras «añoranza» e «ignorancia» están etimológicamente vinculadas; el pasado como la ignorancia del presente y la imposibilidad de volver a ser quien se fue antes del viaje.

El viaje, en tanto desplazamiento físico y, sobre todo, epistémico, es un sendero rizomático sin retorno y sin fin. Si no nos devuelve otros, el viaje no es viaje. –



Escaleras del Museo Picasso, Hôtel Salé, calle Thoirgnny de París

Referencias

- Amat, N. (2009). *Viajar es muy difícil*. Bruguera.
- Bowles, P. (2001). *El cielo protector*. Suma de Letras, S. L.
- Camus, A. (2006). *El revés y el derecho*. Alianza Editorial.
- Da Matta, R. (1999). *El oficio del etnólogo o como tener Anthropological Blues*. En M. Boivin, A. Rosato y V. Arribas, *Constructores de Otredad. Una introducción a la Antropología Social y Cultural*. Antropofagia.
- Heidegger, M. (2008). *Estancias*. Pre-Textos.
- Herzog, W. (2023). *Del caminar sobre hielo*. Entropía.
- Kundera, M. (2008). *La ignorancia*. Fábula Tusquets Editores.
- Lévi-Strauss, C. (1988). *Tristes trópicos*. Ediciones Paidós.
- Sontag, S. (2018). *Declaración. Cuentos reunidos*. Penguin Random House.
- Thoreau, H. D. (2023). *Caminar*. Editorial Alma.

* **Gabriela Eljuri Jaramillo**. Docente-investigadora de la Universidad del Azuay. Antropóloga, Doctora en Sociedad y Cultura por la Universidad de Barcelona. Es coordinadora de la Escuela de Antropología de la UDA. Ha investigado, por varios años, temas de patrimonio cultural, patrimonio inmaterial y usos de la ciudad.

EL EXTRAORDINARIO VIAJE DEL SER HUMANO: LA VUELTA AL MUNDO EN OCHENTA MIL AÑOS

Raffaella Ansaloni*

Apenas nos pusimos en los pies comenzamos a migrar por la sabana siguiendo la manada de bisontes más allá del horizonte a nuevas tierras lejanas. Los niños a la espalda y expectantes los ojos en alerta, todo oídos, olfateando aquel desconcertante paisaje nuevo, desconocido.

JORGE DREXLER

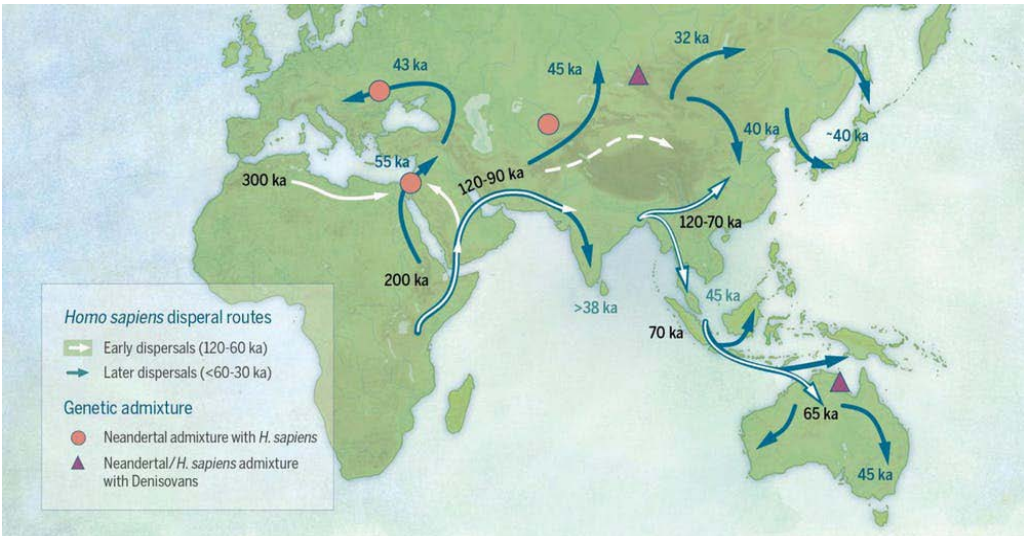
Las evidencias científicas indican que el ser humano moderno tiene su origen en África, entre doscientos cincuenta y trescientos mil años atrás. A partir de su aparición, nuestra especie empezó a moverse, primero por toda África; cien mil años más tarde hacia el sur y sureste asiático, llegando a Australia entre cincuenta y sesenta mil años atrás; aproximadamente hace cuarenta o cuarenta y cinco mil años colonizó Europa y Asia central y del norte, para, finalmente, llegar a América por primera vez hace veinte o treinta mil años. En menos de cien mil años, el *Homo sapiens* recorrió el mundo, y hoy es la única especie de *Homo* que queda en el planeta, distribuida por todos los continentes y en casi todos los ecosistemas.

Nuestro largo y complejo viaje no es solo una cronología de desplazamientos, sino una historia de adaptación e innovación que ha moldeado la diversidad biológica y cultural de la humanidad.

1. La cuna africana: el nacimiento de una especie

La mayor parte de las pruebas científicas, respaldadas por estudios genéticos, fósiles y arqueológicos, indican que el *Homo sapiens* se originó en África. Los fósiles más antiguos se han encontrado en los yacimientos de Jebel Irhoud en Marruecos (300 000 años) y Omo Kibish en Etiopía (200 000 años), y muestran los rasgos anatómicos característicos de nuestra especie: un cráneo

D



Rutas de migración del *Homo sapiens*. Fuente: *On the origin of modern humans: Asian perspectives*, de Katerina Douka y Michelle O'Reilly

redondeado, una frente alta y una estructura facial delicada.

Estos primeros *sapiens* no estaban solos en el continente. África albergaba otras especies humanas como el *Homo heidelbergensis*, que fue quizás su antepasado directo. Los primeros grupos de *Homo sapiens* desarrollaron, progresivamente, capacidades cognitivas avanzadas, un lenguaje simbólico y tecnologías líticas refinadas que desempeñarían un papel crucial en las posteriores migraciones.

2. La primera gran diáspora: salida de África

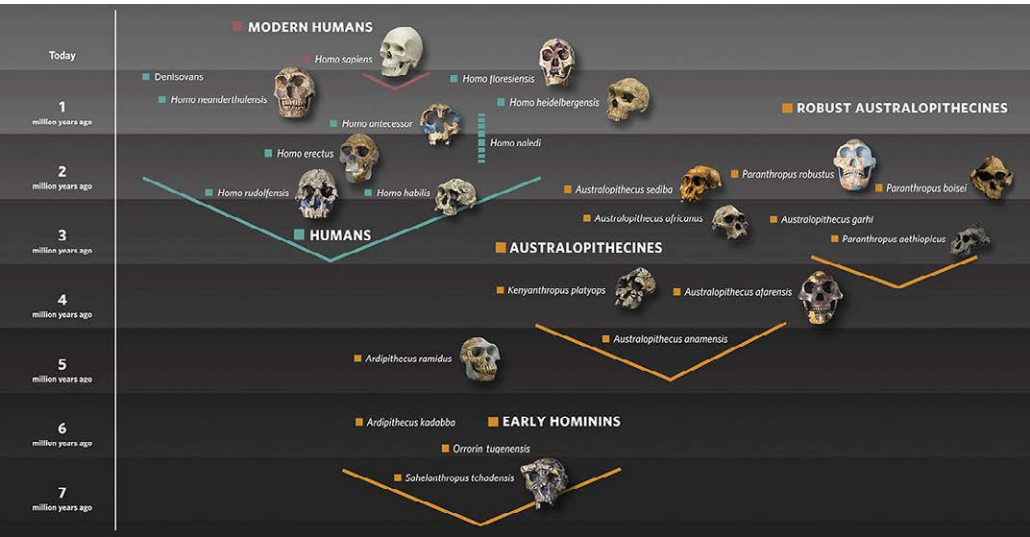
El *Homo sapiens* no fue el primero que «migró» de África, varias especies, entre ellas el *Homo erectus*, una especie de homínido mucho más antigua, salió de la cuna africana hace 1,8 millones de años, colonizó vastas áreas de Asia (desde Georgia hasta Java) y llegó al sur de Europa. Esta migración fue muy lenta y dio lugar a poblaciones estables pero aisladas durante cientos de miles de años, dando lugar a diversas formas regionales. No hay evidencia de retornos significativos a África ni de un intercambio genético y cultural continuo a gran escala entre poblaciones más distantes.

El «viaje» exitoso del *Homo sapiens*, en cambio, comenzó «solo» hace ochenta mil años, fue «rápido», alcanzó todos los continentes e incluyó contactos y redes de intercambio con poblaciones muy distantes y, además, cruces con otras especies de *Homo*, como los neandertales y los denisovanos.

Las primeras migraciones de grupos de *Homo sapiens* fuera de África son denominadas por los científicos la «dispersión meridional». Atravesaron el Cuerno de África o la península del Sinaí, desplazándose a lo largo de las costas del sur de Arabia y el sur de Asia, hasta llegar a Australia hace unos 65 000 años aproximadamente. Esta ruta se vio facilitada por períodos de bajo nivel del mar, que dejaban al descubierto puentes de tierra y ecosistemas costeros ricos en recursos.

Otra oleada, o quizás una ramificación de la primera, se dirigió hacia el interior de Asia.

La genética de las poblaciones modernas nos revela encuentros fundamentales: en Oriente Medio y Eurasia, los *sapiens* se encontraron con *Homo neanderthalensis*, una especie arcaica europea, y se hibridaron con ellos. Hoy en día, los eurasiáticos llevan en su ADN entre un 1 y un 2 % de origen neandertal. En Asia, otro grupo arcaico de humanos, *Homo denisova*, también



Evolución de la familia humana

dejó una huella genética, especialmente en las poblaciones de Melanesia.

3. La colonización de entornos extremos: Europa, Asia septentrional y América

Europa fue alcanzada relativamente tarde, hace unos 45 000 años, por el *Homo sapiens*, que demostró una notable capacidad de adaptación a los climas fríos, desarrollando herramientas especializadas, ropa compleja y arte simbólico (como las famosas pinturas rupestres de Chauvet y Lascaux). En pocos miles de años, el ser humano moderno remplaceó a los neandertales, que se extinguieron, quizás, debido a una combinación de competencia, cambios climáticos y a la mencionada hibridación.

Las migraciones hacia los extremos del globo requirieron una elevada capacidad de adaptación. Las poblaciones siberianas cruzaron Beringia, el puente de tierra que conectaba Siberia y Alaska durante la última glaciación, para entrar en América. Esto ocurrió, probablemente, en varias oleadas, a partir de hace unos 23 000 a 16 000 años. Estos pioneros se dispersaron con sorprendente rapidez, posiblemente por el corredor marino del Pacífico a través de Alaska y Canadá, para recorrer posteriormente Norte, Centro y Suramérica, llegando a la Patagonia en pocos miles de años, superando inmensas barreras ecológicas.

El continente americano fue la última frontera del viaje del *Homo sapiens*. Somos la única especie de

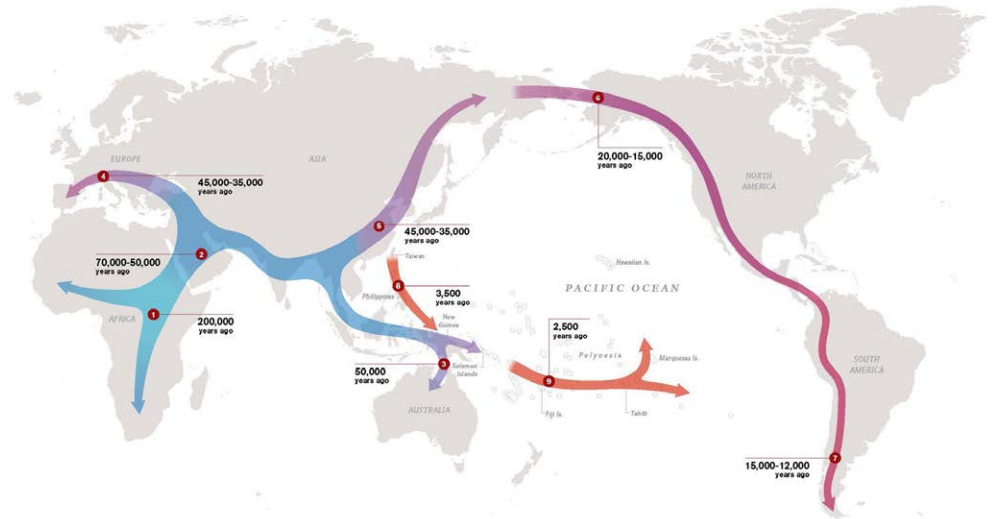
Homo que ha llegado a América según los registros que se tienen hasta este momento. Las pruebas paleontológicas y arqueológicas de las últimas décadas revelan que, a partir de hace más de 23 000 años, hubo migraciones de distintos grupos en diferentes épocas, tal vez siguiendo rutas diversas. Los primeros viajeros se habrían fusionado, extinguido, o fueron parcialmente reemplazados por sucesivas migraciones que dieron origen a las poblaciones indígenas actuales.

La colonización de Polinesia por parte del *Homo sapiens* es mucho más reciente, aproximadamente comenzó hace 2500 años, y representa la cúspide de las capacidades náuticas premodernas de nuestra especie.

4. Motores de la migración: ¿por qué viajar?

Las razones de la expansión planetaria del *Homo sapiens* son múltiples; sin embargo, para los cazadores-recolectores, las condiciones climáticas resultan muy importantes, pues la producción de frutos y semillas y la disponibilidad de animales depende exclusivamente de condiciones ambientales favorables. Evidentemente, el clima fue un factor dinámico y, en ocasiones, determinante, que moldeó el momento, la dirección y la modalidad de la dispersión humana por el planeta, comenzando por la salida de África por la ruta meridional, facilitada por el clima más húmedo en Arabia y Oriente Medio, que creó una serie de «oasis» o «corredores verdes» a través del desierto. De la misma manera, las migraciones hacia Eurasia primero, y luego hacia Amé-

D



Mapa de las primeras migraciones humanas. Fuente: Museum Nacional de History, Londres, 2023

rica, fueron acompañadas por condiciones climáticas no siempre fáciles, pero que pudieron ser aprovechadas favorablemente.

La adaptación a ambientes difíciles solo fue posible tras el desarrollo de tecnologías complejas (ropa cosida, refugios eficientes, el fuego) que mitigaron las condiciones climáticas extremas, junto con sus habilidades sociales y su adaptabilidad alimentaria.

Las migraciones también podrían estar impulsadas por dinámicas sociales como conflictos, crecimiento poblacional, seguimiento de presas migratorias y por la curiosidad que caracteriza y mueve a nuestra especie.

El cambio cultural y alimenticio que ocurrió con el surgimiento de la agricultura ralentizó, mas no paró el «viaje» del *Homo sapiens*, que ha logrado ocupar todo el planeta tierra y se ha atrevido a viajar aún más allá.

El viaje del *Homo sapiens* desde las sabanas africanas hasta los confines del mundo es una historia épica de adaptación. No fue un recorrido lineal, sino una intrincada red de partidas, encuentros, hibridaciones y sustituciones. Cada migración ha escrito un capítulo en nuestro genoma colectivo, mezclando líneas arcaicas y modernas, y aunque las poblaciones son muy diferentes

en cuanto a cultura y aspecto, todos compartimos un origen africano reciente y común. Somos, biológicamente, una especie extraordinariamente homogénea, cuya esencia y fuerza reside en la capacidad de diversificarse culturalmente, adaptarse y seguir viajando.→

Volvamos a escuchar a Jorge Drexler:

Apenas nos pusimos en los pies
y nos vimos en la sombra de la hoguera
escuchamos la voz del desafío
siempre miramos al río, pensando en la otra ribera.
Somos una especie en viaje
no tenemos pertenencias, sino equipaje.
Nunca estamos quietos, somos trashumantes
somos padres, hijos, nietos y bisnietos de migrantes
es más mío lo que sueño, que lo que toco
yo no soy de aquí
pero tú tampoco.
De ningún lado del todo, de todos lados un poco.

* **Raffaella Ansaloni** (Bologna, Italia, 1965). Residente en Ecuador desde 1990. Doctora en Ciencias Agrarias por la Universidad de Bologna, magister en Agroecología y Desarrollo Rural Sustentable por la Universidad Internacional de Andalucía (España), diplomada en Análisis de Datos y especializada en Biotecnología Vegetal por la Universidad del Azuay. Es doctora en Biodiversidad y Conservación del Medio Natural por la Universidad de Santiago de Compostela. Actualmente es vicerrectora de investigaciones en la Universidad del Azuay y se desempeña como docente en la carrera de Biología de esta institución.

EL FUEGO DE LOS LIBROS: ENCENDIENDO UN VIAJE POR LA HISTORIA

Hans Ochoa*

Quienes leen estas líneas están más cerca del fuego, ese fuego que a lo largo de la historia ha encendido la creatividad, gestado transformaciones profundas para la humanidad, ha sido el cómplice de historias de amor y desamor. Llama que al querer ser apagada o pretender que alumbre solo a unos pocos también provocó momentos trágicos.

Dicen que todo comenzó con fuego, fuego para escribir, fuego para leer, fuego para destruir.

En Mesopotamia, considerada como la cuna de la civilización, una región histórica que se localizó donde hoy están Irak, Siria, Turquía, Irán, Kuwait, ahí, hace más de 5000 años, alguien grabó signos en una tablilla de arcilla húmeda. No era una oración ni una súplica, era el intento de recordar algo a través de esa marca. Ese gesto cambió para siempre nuestra relación con el tiempo, con la escritura y con la manera de comunicarnos.

Esa marca fue el axioma de las palabras e historias que, posteriormente, se plasmaron en los libros. Referirse a los libros es hablar de héroes, villanos, líderes, personajes reales y ficticios, de amor, de ciencia; es hablar de historia, es forjarla.

¿Creen que todo el conocimiento del mundo podría ser guardado en un solo lugar? Ese fue el sueño imposible de la humanidad en la antigua Alejandría. Pensemos en miles de papiros, esos textos que llenaban los estantes de la biblioteca más grande de la Antigüedad. En aquel entonces, los barcos llegaban al puerto y las personas entregaban sus manuscritos para ser copiados antes de seguir el viaje, y toda esa información, tratados o teorías, se guardaban en la biblioteca de Alejandría.

Lastimosamente el fuego acabó con ese hermoso lugar. Nadie sabe qué pasó exactamente, pero estamos seguros de que cada rollo perdido fue una lengua, una ciencia, una historia menos. Desde entonces, cada vez que una biblioteca se destruye, Alejandría vuelve a arder.

Siglos después, mientras Europa se hundía en el caos tras la caída del Imperio romano, otro rincón del mundo encendía una antorcha para alumbrar el conocimiento. En el siglo IX, en Bagdad, nació la Casa de la

D



Sala de Lectura del Real Gabinete Português de Leitura, Rio de Janeiro, Brasil. La institución fue fundada en 1837 por un grupo de cuarenta y tres inmigrantes portugueses. Alberga más de 350 000 ejemplares, entre los que se encuentran obras centrales de la lengua portuguesa como la *editio princeps* de *Las Lusíadas*

Sabiduría, el lugar en el que pensadores musulmanes, cristianos y judíos trabajaban juntos para traducir y preservar los textos antiguos, sin importar su origen o creencias.

Entre esas obras rescatadas, copiadas, comentadas y traducidas encontramos las de Aristóteles, Euclides, Hipócrates, Ptolomeo. Los científicos de la época, como Al-Juarismi (el rostro de la portada del *Álgebra* de Baldor), o Ibn Sina, precursor de la medicina moderna, no destruyeron el conocimiento, lo multiplicaron. Bagdad se convirtió en el faro del pensamiento, sus bibliotecas eran laboratorios del alma, los libros no solo se leían, se discutían, se experimentaban. Así nacieron las bases de la ciencia moderna y, siglos más tarde, del renacimiento europeo, lo que permite afirmar que cuando Europa volvió a despertar fue gracias a los libros que Oriente había salvado del olvido.

Durante siglos, los libros siguieron siendo privilegio de unos pocos, eran caros, escasos y, sobre todo, monopolio de quienes sabían leer: los nobles, los clérigos y los sabios; el resto del mundo escuchaba, pero no podía acceder directamente a la palabra. Hasta que hacia 1440, un orfebre alemán, Johannes Gutenberg, cambió el curso de la historia: creó la imprenta. Con esta invención, el libro se multiplicó como semilla al viento, logrando que muchas más personas accedan a la valiosa información que estos contenían. Por primera vez, las palabras escaparon de los monasterios y llegaron a las manos del pueblo.

La *Biblia*, impresa en 1455, fue el primer libro reconocido que alcanzó a multiplicarse gracias a la imprenta, artefacto que permitió que exista el lector libre. Este desarrollo también posibilitó que Lutero imprimiera sus tesis y desafíe al poder religioso. Por su parte, Galileo publicó sus observaciones y con ellas movió los cielos. Y Julio Verne publicó su novela de aventuras *De la Tierra a la Luna*, inspirando a generaciones que harían realidad sus sueños.

Otro hecho relevante para que la llama que encienden los libros siguiera marcando a la humanidad ocurrió a inicios del siglo XIX en Europa, cuando el continente vibraba entre el Romanticismo y la ciencia. Momento en el que los rayos eléctricos fascinaban, los

laboratorios nacían y la idea de crear vida parecía estar al alcance de la humanidad. En esa época, tristemente, las mujeres eran silenciadas, opacadas, pero una joven-cita de apenas 18 años escribió una historia que cambió la literatura para siempre, esa chica era Mary Shelley, y fue quien en una noche de tormenta, junto a otros escritores, aceptó el reto de dar vida a una criatura inquietante y extraordinaria: Frankenstein.

Esa novela no fue solo una historia de miedo, sino una reflexión sobre la responsabilidad del conocimiento, el límite entre el creador y su creación. Antes de Darwin, antes de la inteligencia artificial, Shelley ya nos había advertido que: «No todo lo que podemos crear, deberíamos hacerlo». Frankenstein fue el primer libro que habló de la ética de la ciencia, de la soledad del creador y del miedo al poder humano, también fue el inicio de la ficción, y lo mejor de todo... fue escrita por una mujer joven que alzó su voz en una época que la silenciaba.

Décadas después, otro libro nos obligaría a replantear nuestra identidad. En 1859, Charles Darwin publicó *El origen de las especies*, teoría que, a través del estudio y análisis de algunas especies emblemáticas –particularmente para los ecuatorianos– como los pinzones, que adaptaron partes de su cuerpo como el cuello o sus patas de acuerdo a la realidad de las islas encantadas, o las tortugas gigantes como el famoso «Solitario George», que también transformó su fisonomía para sobrevivir en las islas, reveló algo simple y a la vez devastador: la vida cambia, las especies evolucionan, nada es estático, ni siquiera nosotros.

El impacto fue inmediato, los templos y las academias se estremecieron ante estas ideas. En realidad, Darwin no había destruido la idea de Dios, pero sí había devuelto al ser humano a su pequeñez y grandeza al mismo tiempo. Desde entonces comprendimos que el conocimiento no se impone, se adapta, se transforma, sobrevive, como los libros que han mutado una y otra vez para seguir vivos, igual que las especies de las que habla Darwin.

Es llamativo pensar que cada idea nueva despier-ta un miedo antiguo, algo que incluso hoy vivimos con las nuevas tecnologías, muchas personas se resisten a ellas y elevan temores como la pérdida de plazas de tra-

D

bajo a causa de la optimización de procesos a cargo de esas invenciones. En este texto no vamos a entrar en la discusión de las ventajas o desventajas de estos avances, pero nos sirve para evidenciar que el ser humano responde con duda a las cosas nuevas.

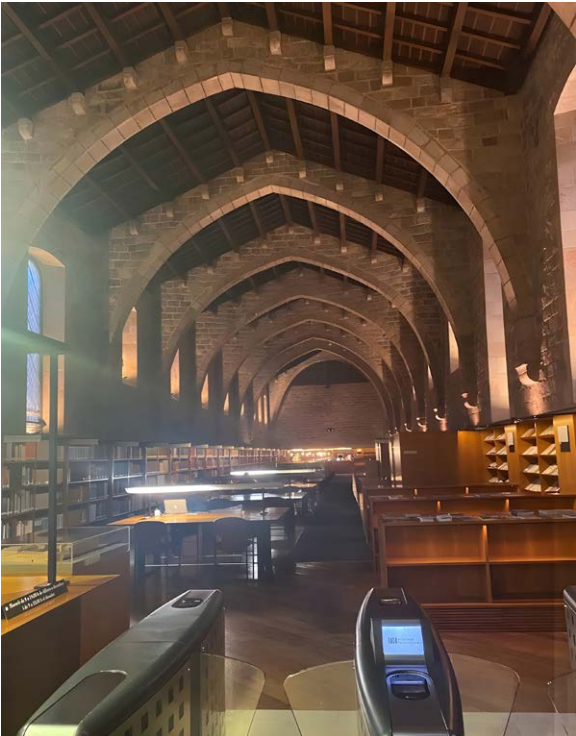
A lo largo de los siglos, el poder ha temido a las palabras libres: en la Alemania nazi, miles de libros fueron quemados en plazas públicas apagando verdades e ideas transformadoras. Durante la Inquisición se destruyeron tratados que hablaban de astronomía, medicina o magia. En cada hoguera ardieron pensamientos que podían haber cambiado el mundo.

En el siglo XX, también América Latina vivió su propio capítulo de oscuridad, represión y censura. Durante las dictaduras, leer era un riesgo. Los versos de Mario Benedetti, las crónicas de Eduardo Galeano, los manifiestos de Alejandra Pizarnik o los poemas de Pablo Neruda circulaban ocultos en sobres o memorias por temor a que el régimen dictador de turno los encontrara y castigara a sus lectores. Las palabras que transportan los libros son las armas secretas de los oprimidos, el refugio de quienes no podían hablar, los espejos donde aún se reconoce la dignidad humana, porque cuando todo se prohíbe, el libro resiste, cuando todos callan, el libro recuerda.

En la actualidad, se dice que los libros están muriendo, que las pantallas los devoran, que la atención se pierde, que los jóvenes ya no leen, pero si miramos los hechos con otro prisma podemos decir que nunca en la historia se habían escrito, leído y compartido tantas palabras. Leemos en pantallas, en teléfonos, en traducciones automáticas, escuchamos historias o teorías en audiolibros o podcasts que nos acompañan al caminar.

El libro no está muriendo, está mutando, como las ideas que lo habitan. No importa el soporte, el libro sigue siendo una mente que busca hablar con otra.

*Hans Ochoa. Magíster con Comunicación y Publicidad, docente de la carrera de Comunicación de la Universidad del Azuay y director de Radio UDA. Es radiodifusor con más de veinte años de trayectoria en medios como Radio Mágica, Radioactiva y Unión TV. Ha estado al frente de las Direcciones de Comunicación del Consejo de la Judicatura de Loja y de la Universidad de Cuenca. Ocupó la gerencia de BUCLE Agencia Digital y de la Cámara de la Construcción de Cuenca.



Biblioteca de Catalunya. Ubicada en un edificio medieval, la biblioteca es un templo de los libros en la Ciudad Vieja de Barcelona

Sigue siendo una conversación infinita, un diálogo que puede acompañarnos en todo momento.

El libro ha estado con nosotros en los templos y en las guerras, en los naufragios, en las victorias, en los comienzos y en los finales. Nos ha dado consuelo, nos ha hecho pensar, nos ha enseñado a imaginar otros mundos posibles. Quizás esa sea su esencia: acompañarnos, y mientras exista alguien que lea, mientras una historia siga conmoviéndonos, el fuego no se apaga.~

IR, VOLVER, REGRESAR, VOLVER A IRSE

Francisco Aguirre Andrade*

Alguien dijo alguna vez que a quien salió de su espacio hacia otra geografía para después de un tiempo considerable regresar, la nostalgia le acompañará siempre. En tierras extrañas extrañarás la sopa de mamita y en el terruño extrañarás paisajes, rostros, aprendizajes, relaciones que no fueron heredadas, sino que las forjaste por tus particulares cualidades. Allá donde no te conocen, tu ser se curte, ya no están los amigos y los parientes que te aguantan los exabruptos. La distancia ayuda a mirar y a observarse.

También hay viajes hacia adentro, podemos ralentizar el camino que va desde la impresión hasta el raciocinio y esa travesía es también un viaje. Todas las imágenes, sonidos, memorias táctiles, olfativas y gustativas que acuden desde el encuentro con el objeto o entidad hasta definirla y nombrarla.

Decía un sabio indígena que nuestro parentesco con los pájaros es que ellos vuelan con las alas y nosotros con el pensamiento. Decía también que solo existen dos libros, uno grande y uno chiquito; que el libro chiquito son todos los libros que han sido escritos y el libro grande es la naturaleza. Yo creo que eso es así, pero para proteger mi palabra de polarizaciones artificiales, absurdas y odiosas reivindico diez mil veces el libro chiquito. El libro chiquito me resulta indispensable para entender el libro grande, donde no hay libros escritos con letras o dibujos, existen libros hablados, bailados, ritualizados, estos deben ser transmitidos y continuados, y su permanencia habita en la imprevisibilidad del futuro, por lo que en algún momento necesitarán un soporte perenne, escritura, audio video, etcétera.

Un libro, grande o pequeño, siempre es un viaje.

Puedo decir, con mucha satisfacción, que he viajado de varias maneras, he viajado con mi cuerpo, he viajado en páginas escritas, en relatos contados y en los laberintos de la percepción.

He sido lector, pasajero de bus, carro, bici, moto, barco, tren, lancha, canoa, camión, ranchera, caballo, botas, sandalias y zapatos.

He dormido en casas, hoteles, albergues, estaciones, buses, aeropuertos, cárceles, hospitales y conventos.

D



Orillas del Lago da Pampulha, Belo Horizonte, Brasil. Foto: Carlos Avelin

Pedro Moreno, al contarme sobre un viaje largo decía: «descubrí que solo existen espacios interiores, y cuando ven que tu mirada está en la persecución de lo imposible, todo el mundo te apoya y se te abren las puertas; eso pasó cuando a medio camino nos quedamos sin plata... En cambio, cuando nos desesperamos por regresar, todo se complicó».

Sí, un viaje hacia cualquiera de los cuatro puntos cardinales es, al mismo tiempo, un viaje hacia uno mismo.

No te preocupes, pero tampoco de despreocupes, es el sabio consejo que se le da a todo viajero. Mira, curiosita, experimenta, pero no te pierdas, conoce el camino de regreso aunque no regreses nunca.

Ir y volver, siempre vamos y volvemos, aunque no nos movamos del sitio. Cuando estaba en México escribía sobre Cuenca; cuando estoy en Cuenca escribo sobre Quito y Sao Paulo; cuando estoy en Quito escribo sobre Cuenca y Guatemala. A cada rato escribo sobre Ibarra, y también a ratos aterrizo y hago la crónica de la hora y el lugar en el que me encuentro.

Recorrer calles, sentarme en una banca, entrar en un café o acomodarme en el suelo arrimado a una piedra a la orilla del río, sacar un cuaderno y escribir o garabatear algo, juntar la gimnasia con la magnesita ha sido mi práctica desde hace cuarenta y un años. Hay crónicas, ocurrencias, ficciones y registros unidos y amalgamados en mis más de trecientos cuadernos que



Museo Nacional Honestino Guimarães, Brasília, diseñado por Oscar Niemeyer, 1999

D

no me he puesto a pasar a limpio de puro vago. Dudé varios días en decidirme entre extraer algo de lo ya escrito o escribir algo nuevo, opté por lo último, aunque lo que puedo escribir ahorita es repetición y reescritura de lo ya escrito.

He realizado viajes largos y cortos, todos intensos. En todos he aprendido algo, me he llevado y he dejado cosas y recuerdos. Por eso la nostalgia no desaparecerá nunca.

En los viajes se agudiza la intuición, las certezas, las sincronicidades y hasta lo inexplicable o paranormal. Una persona que no cree en aparecidos y se burla de creencias y supersticiones, en un demorado viaje en barco escuchó y entendió un mensaje del capitán dicho en idioma sueco, lengua de la que este descreído viajero no conocía ni media palabra. Cuando viajábamos con mi primo Enrique «jalando dedo» (haciendo *autostop* en idioma global) desde Goiânia en el centro del Brasil hasta Salvador-Bahía en el extremo oriental de ese gigantesco país, al iniciar el día sabía con toda seguridad si íbamos a tener suerte o no en la carretera, si algún carro se iba a detener para llevarnos o si debíamos volver al lugar donde habíamos dormido la noche anterior. A veces nos hospedábamos en conventos, y a veces en residencias estudiantiles.

En ese tiempo se podía «jalar dedo», el mundo era menos violento, o será que la inocencia protege, tal vez ambas cosas. Sí, el mundo era más pacífico, más allá de cualquier consideración, la gente era más gente y las relaciones eran cara a cara, por eso nuestro cuerpo sabía cuándo podía quedarse en un lugar y cuándo tenía que irse; con mirarle los ojos a alguien sabías si podías confiar o no en una persona. Difícil o imposible tener esa certeza en el tiempo actual de relaciones a través de una pantalla con amigos en redes virtuales, a los que si encontramos en la calle no sabemos quiénes son, por eso veo a las nuevas generaciones mucho más indefensas y desprotegidas de lo que éramos nosotros, y eso es algo que me preocupa de manera constante.

Como digo, en ese tiempo se podía «jalar dedo». Por lo general, quienes viajábamos de esa manera éramos jóvenes alegres y soñadores, y quienes nos llevaban eran personas interesantes, ávidas de contar cosas, relatar aventuras o compartir su particular visión de la

vida y de la existencia. Con mi dedo pulgar en la carretera conocí buena parte del Ecuador en mi temprana adolescencia.

Brasil

En esta memorable travesía, desde el centro de Brasil hasta su extremo oriental, pasamos por Brasília, ciudad de anchísimas avenidas y anchísimos parterres, una catedral circular custodiada por los cuatro evangelistas de tamaño gigante. Una catedral circular en la que si uno susurra con la voz apegada a la pared y otro coloca su oreja en el lugar más alejado de la misma pared puede escuchar con toda claridad. «Es el efecto sonoro del círculo, así son algunos templos en la China», dice mi primo Enrique que vivió algunos años por esos lares.

Belo Horizonte. Allí nos hospedamos en una casa de estudiantes, compartíamos habitación con un joven de barbas ralas contemporáneo nuestro, pinta de faquir, pálido, torso desnudo, costillas a la vista, más flaco que yo, se pasaba todo el día consultando el *I Ching* y fumando grifa. Al anochecer fuimos al cine y al salir nos excedimos en materia de alcoholes. Nos pegaron por salir sin pagar de un local, fue descuido por la borrachera, no mañosería, después de los trompones pagamos lo que debíamos y nos entregaron una pizza que habíamos pedido y de la que nos habíamos olvidado. No te preocupes, pero tampoco te despreocupes, allí cabe a la perfección el sabio consejo que se da a los viajeros; en ese momento tomamos conciencia de que podíamos perder el control sobre lo que pasaba, pero, porfiados, fuimos a terminar la tenida con unas cervezas en un canchón lleno de cuarentones con miradas lujuriosas y una joven de nuestra edad –en ese tiempo éramos veinteañeros que nos acercábamos a los treinta– que paseaba de mesa en mesa con un niño de alrededor de cinco años, obviamente era su hijo; jugábamos con el riesgo, «vámonos a la casa». Nos subimos en un taxi y nos dirigimos a la residencia donde el colega faquir nos compartió la habitación. En la mañana, el niño se puso a jugar con algo que encontró, y el faquir, claro, molesto, pero su pacifismo y la hierba le impedía mandarnos a pastar chirotes con un grito, nos despedimos, la joven madre tomó su camino y nosotros el nuestro.

D

–Tienes razón, nos comparte su cuarto sin conocerlo y le llegamos plutos con una chica y un guagua...

–Sí, no es normal... No es normal, tampoco, que una chica joven esté con un niño a altas horas en un antro de buitres... Tampoco es normal estar nosotros a las tres de la mañana en un lugar desconocido...

–Sí, nada es normal.

Continuamos el viaje, conocimos algo sobre la vida de los camioneros, alrededor del parabrisas hay un riel por el que se corren y se cierran unas cortinas, al asiento le da la vuelta, asoma un hueco con una cama y la cabina se transforma en una habitación. Comen una vez al día, pero de manera abundante.

Ouro Preto. Preciosa ciudad colonial, perfectamente conservada, calles empinadas y bebederos de piedra, ciudad universitaria. Hicimos liga con un boliviano llamado Walter.

Mariana, Victoria, Ilheus, por último, Salvador. Ilheus, la ciudad donde transcurre la historia que Jorge Amado relata en su novela *Gabriela, clavo y canela*, por esa época se hizo una versión televisiva en la que los habitantes de Ilheus reconocieron a los personajes por las situaciones que representaban; nos cuentan que algunos se sintieron ofendidos y quisieron poner un juicio, pero no pudieron porque Jorge Amado cambió los nombres, Gabriela, en realidad, se llamaba Lourdes.

Llegamos a Salvador en carnaval, era el año 89 y la asociación carnavalera, «Hijos de Gandhi» cumplía 41 años. Todos eran estibadores del puerto y ponían un tono de paz en un carnaval maravilloso, exuberante, colorido y lleno de excesos, pero también violento. Barrios, asociaciones, sindicatos, estudiantes y artistas hacen su «bloco carnavalesco».

Era el año en el que se derrumbó el muro de Berlín y con él muchas máscaras y ficciones, y se erigieron otras. En ese mismo año, Rolando Vera volvía a ganar la carrera de San Silvestre en la Avenida Paulista.

Nos despedimos, regreso por tierra, Río, Foz de Iguazú, vacas y potreros, potreros y vacas por muchos kilómetros.

Argentina

Buenos Aires, ciudad majestuosa, imposible no maravillarse, ciudad nocturna, funciones de teatro a la una de la mañana. Como costumbre de toda mi vida, caminar, «che, vení, estás muy flaco». Era la repetida invitación a un asado que, algunas veces, me hicieron grupos de albañiles con los que me encontraba a mi paso.

Viaje por tren hasta Mendoza, otro paisaje. Un pasajero me cuenta de los cultivos y cosechas estacionales: uvas, aceitunas, nueces. De Mendoza a Santiago de Chile, montañas de cobre que se imponen brillantes en el estallido del atardecer. A esas alturas, mis reservas de dinero estaban escasas y el viaje lo hice de un tirón. Allí supe, conversando con otro pasajero que llevaba una guía turística escrita en inglés, que el agua de Cuenca era la mejor agua potable de Sudamérica.

Dese Chile hasta casi la frontera con el Ecuador, desierto y más desierto, no lo que en México llaman desierto, que es más bien un ecosistema seco como el que tenemos entre Susudel y Loja, no, este era desierto, desierto: cielo y arena. En medio del desierto un oasis, un pequeño bosque de olivos, se suben al bus a vender aceitunas negras.

En los viajes, a la vez que apreciamos y aprendemos de lo que nos resulta nuevo, también revaloramos lo nuestro. El paisaje brasileño es bello, pero son kilómetros y kilómetros de lo mismo; Argentina, vacas-potreros, potreros-vacas; Chile y Perú, desierto. Nosotros cambiamos de climas y paisajes en pocos kilómetros, sin decir que un lugar es mejor que otro, cada espacio como cada pueblo tiene lo suyo.

Al salir del país nos curamos del absurdo y gratuito complejo de inferioridad que, en mayor o menor grado, creo que lo padecemos todos. Allí nos damos cuenta de que algunas cosas están mejor en otros lados, en otras estamos mejor nosotros, y en la mayoría de las cosas estamos más o menos igual, más o menos «tablas».

Me he extendido en este relato y tengo que terminarlo por cuestión de espacio, pero me quedo en deuda y compromiso: extraer de mi torre de cuadernos, crónicas y reflexiones escritas en mis distintos viajes y estadias.



Plaza del Congreso, diseñada por el arquitecto y paisajista Carlos Thays, inaugurada en 1910 con motivo del Centenario de la Revolución de Mayo de 1810



Plaza de la República, colonia Tabacalera (alcaldía Cuauhtémoc), Ciudad de México. Sobresale el Monumento a la Revolución, obra del arquitecto Carlos Obregón Santacilia, 1938

D

México

Dos estadias tuve en México, una corta pero intensa y otra larga. La estadia corta ocurrió entre 1985 y 1986, en el contexto de una persecución política, los oscuros tiempos del febreoscorderato, teléfono intervenido, pesquisa fuera de la casa, averiguaciones en la Asociación de Teatros y en la cafetería donde contábamos las monedas luego de nuestra función en la plaza, Teatro de la Calle, alterno y crítico, sátira política, éramos muy aplaudidos, por eso no se metían directamente con nosotros, pero creaban miedo a nuestro alrededor.

A Milton Araujo le torturaron y ese era un mensaje para nosotros. Llegamos a México Carlos Michelena y yo, allá las condiciones no eran las mejores, un mes antes, la ciudad de México había sufrido un devastador terremoto que no solo dejó innumerables muertos, sino que reveló corrupción en altas esferas y brutales modos de explotación laboral, edificios que se vinieron abajo por tener estructuras débiles que los constructores pusieron por ahorrarse dinero en materiales y embolsicarse el resto; costureras que trabajaban en condiciones inhumanas y murieron aplastadas porque los dueños prefirieron sacar las máquinas antes que socorrerlas a ellas. Pero, como ocurre en los desastres, fue también la oportunidad de la sociedad civil para organizarse espontáneamente y tomar iniciativas.

Dimos muchas funciones en plazas, teatros, tarimas, locales de distinto tipo y pasó lo que pasa con los trabajos callejeros, la obra se fue puliendo en el contacto con el público. De Veracruz a la comuna del Pescador, largas horas a caballo, un inmenso y frondoso árbol con un hierro colgado para convocar a reuniones bajo su sombra como hace milenios le hacían nuestros antepasados.

Trabajamos y nos movimos, pero las condiciones eran duras y ya queríamos regresar: «regreso no conveniente, intenten Guatemala», nos decía el telegra-

ma. Fuimos a Guatemala, hermoso país, gente buena y hospitalaria. Quetzaltenango, Hotel Colonial, don Carlos, el pueblo guatemalteco es cálido y solidario, con mucha pobreza, un pueblo traumatado por el genocidio del ejército contra la población indígena. Los colores y diseños con los que visten los indígenas guatemaltecos son un viaje hacia mundos oníricos, ropas únicas que no se venden, las que se venden son otras, bellas, pero sin la sofisticada elaboración que tienen las que usan ellos como vestimenta.

Nuestro regreso tuvo peripecias, habíamos dejado nuestros boletos de avión en México y en la frontera no nos dejaban regresar, tuvimos que hacer la gestión de embajada a embajada porque nos pusimos las pilas y sacamos pasaporte especial, entonces pudimos volver para embarcarnos. Volvimos al terruño.

Mi segunda estadia en México duró seis años y fue por otros motivos. Fuimos en familia, Ana, mi hija Jacinta y yo. Largas travesías en metro durante las que leí más de lo que había leído en toda mi vida. También nos desplazamos mucho durante esos años, viajamos en tren y en «camiones» como llaman allá a los buses. Como escribí hace algunas líneas, quedan en deuda muchos relatos, pero el espacio no lo permite, seguirán asomando trozos de vida que terminarán siendo un gran collage.

Cierro este escrito volviendo a la metáfora del libro grande y del chiquito, en todo viaje leemos el libro grande y también el chiquito, pues siempre hay alguien que nos cuenta cosas.–

***Francisco Aguirre Andrade.** Actor quiteño, vive en Cuenca desde 1990. Con cuarenta años de experiencia ha participado en numerosas obras de teatro y producciones cinematográficas, logrando algunos premios durante su trayectoria profesional. Ha sido instructor de varios talleres, ha publicado artículos en revistas especializadas y, en la actualidad, es profesor honorario y miembro de la Compañía de Teatro de la Universidad del Azuay. Fue galardonado como Mejor Actor en los Premios Colibrí 2024.